

EL OCÉANO, UN BARCO Y UNA MUJER

Registro de un viaje alrededor
del mundo

Luis Coppelli

Editora
3iG

CAPÍTULO 1

LA ILUSIÓN

Comencé a navegar en la costa central de Chile siendo un adolescente. Ahí nací y fui criado. La geografía del país entre océano y montañas, que deja entre ellos, fértiles valles donde se cultivan las mejores frutas y vinos del mundo, hacía difícil no pensar y soñar con ambas realidades. Ese fue mi caso: crecí en Santiago, a poco más de 100 km. de las playas de Viña del Mar y el puerto de Valparaíso, donde mi hermana y yo solíamos veranear y pasar largo tiempo en casa de una tía que vivía cercana al mar. Esos largos días de verano los pasaba merodeando alrededor de lanchas y botes de pescadores, de muelles y embarcaderos comerciales y de la Armada de guerra, observando barcos que iban y venían desde y hacia distintas latitudes. Otras veces me sumergía en las frías aguas del Pacífico en las serpenteantes playas de la zona, nadando; todo un gozo.

Mi sueño era ser algún día parte de todo ese entorno, lo cual veía muy lejano. Por eso, cuando terminaban las vacaciones de verano y debía regresar a la escuela en Santiago, me envolvía una enorme tristeza. En el viaje por tren de regreso a la ciudad no podía dejar de pensar en lo mucho que ansiaba vivir cerca del mar y no tener que despedirme cada vez de lo que verdaderamente amaba. Mi padre, que formó parte de la Armada Chilena, contribuyó en gran medida a mi obsesión con el océano al relatarme historias de su vida navegando por distintos mares. Aún tengo en mi mente las fotografías de los macizos cruceros y acorazados en que viajaba y alimentaban aún más mis deseos de llevar una vida en el mar. Durante la enseñanza media y posteriormente en mis años universitarios, en forma esporádica, tomé clases de navegación a vela en pequeños veleros, siempre envidiando a aquellos que lo hacían en grandes yates que se introducían a alta mar.

En medio del marco en que se desarrollaba la vida de mi padre yendo de un lugar a otro, se produce un día cualquiera un cuestionamiento a

su actuar por negarse a regresar a la soledad de los canales patagónicos con su familia, donde había transcurrido gran parte de su juventud. Él ya había tenido suficiente del frío y aislamiento. Negarse a esa orden implicaba su separación inmediata de la Armada, lo cual finalmente ocurrió. Aquella falta de entendimiento por parte del mando lo dejó con un cierto resentimiento al uniforme, animosidad que me traspasó para evitar que mi amor por el mar me hiciera enrolarme algún día en esa institución con resultados desafortunados, como los suyos.

Como el mayor de tres hermanos, dentro de una familia de modestos recursos, mi futuro era un tema de conversación recurrente durante las cenas familiares. Para mis padres las únicas carreras que valían la pena seguir para ser exitoso eran medicina, derecho o ingeniería. Esa lección me fue fácil de asumir al ejercer mi madre como enfermera. Las conversaciones de su quehacer con médicos, pacientes y cirujías fueron ganando terreno en mi mente, al transferirme en sus relatos la profunda emoción de una carrera que se desarrolla en base a las sensibilidades humanas. Fue probablemente el factor que al final me llevó a elegir una carrera en medicina.

A medida que creció mi interés por la medicina comencé a leer acerca de temas médicos y doctores, incluyendo algunas de las novelas de A.J. Cronin y otros libros sobre grandes clínicos, tales como Albert Schweitzer, (médico y filósofo dedicado a la reverencia por la vida), y Alexander Fleming, descubridor de la Penicilina. Llegado el momento ingresé a la escuela de medicina, donde me gradué de médico cirujano después de años de estudios.

Pero como la felicidad no es nunca completa, por esos años Chile había entrado en una espiral de inestabilidad política, económica y social que convertía en una proeza el abrirse camino en la vida. Ante tal situación de efervescencia mi familia optó por emigrar a los Estados Unidos con el fin de continuar con su proyecto de vida. Primero fue mi madre la que partió y luego lo hizo el resto de la familia. Pero el sueño de hacer una vida cercana al mar nunca me abandonó.

Después de recibir mi título de médico cavilé sobre la posibilidad de ser un médico de barco, como forma de combinar mi profesión con la de navegante para vivir mi sueño. Con todo, ese pensamiento se me proyectó hasta cuando inicié mi residencia y me enamoré de la cirugía. Ante la nueva imagen fortalecí la idea de que ésta sería mi especialidad dentro de la medicina.

En medio de las tensiones por las que transitaba el país habíamos llegado a los extremos, con una izquierda socialista liderada por el Presidente Salvador Allende y un gobierno militar, derechista, que alcanzó el poder mediante un “golpe” tres años más tarde. Esas experiencias hicieron fácil mi decisión de aceptar un cargo de residente en cirugía en un hospital en New Jersey. Ya casado esperando un primer hijo, decidí dedicarme cien por ciento a mi especialidad médica menguando la preferencia por los barcos.

Durante aquellos años nace un segundo hijo, y por oportunidades de especialización y laborales nos trasladamos a vivir a Arizona, en el oeste de los Estados Unidos, donde transcurre la mayoría de mi carrera profesional, en pueblos lejanos del mar. Pero como las vocaciones que nacen del corazón son perdurables, a mediados de los años 80 la navegación vuelve a resucitar en mí con fuerza. Ya mi carrera médica era exitosa, tenía tres hijos maravillosos y dos matrimonios que tristemente habían terminado en divorcio. Cada día leía libros de barcos y navegación como un demente, estando suscrito a más revistas acerca del tema de las que podía leer. Sentía la necesidad imperiosa de volver al océano porque la navegación por los lagos de Arizona no me satisfacía. Necesitaba mucho más.

Un fin de semana, mientras asistía a una conferencia médica en San Diego, trotando alrededor de un muelle deportivo y observando con envidia la gente trabajando en sus yates, divisé un pequeño velero con su dueño abordado, instalando un cartel que decía “en venta”. Impulsivamente me aproximé y entablamos una breve conversación. Así, pocos minutos después ya estábamos navegando por los alrededores de la bahía. Al recalar de vuelta al muelle no lo pienso dos veces y acuerdo con él un precio para adquirir el velero. Ahí mismo le extendí un cheque por la cifra total, y desde ese día me convertí en el feliz propietario de un velero (un *Catalina* de 27 pies), llamado *Suzie Q*. Al conocer mi gesto, un amigo me dijo: “Estoy seguro de que la tuya ha sido una de las transacciones más rápidas que se hayan conocido”.

Esa tarde dejé el elegante hotel en que me hospedaba y dormí, entumido pero feliz, en mi nuevo yate. Había sido una buena compra. La marina, donde el yate estaba fondeado, se hallaba muy cerca del aeropuerto, por lo que se me sería fácil llegar en avión desde Arizona y caminar al barco, y como en la compra había logrado incluir también el viejo automóvil del vendedor, dispondría además de un vehículo para movilizarme mientras me encontrara en San Diego. Desde ese día pasé todos mis fines de

semanas y vacaciones en el yate. Pronto estaba navegando por la bahía de San Diego y en otras direcciones. Más feliz, imposible. Disfrutaba intensamente de Sue – como empecé a llamar a *Suzie Q*. Pasaba horas descubriendo cada centímetro de la embarcación, me gustaba su agilidad y el manejo fácil. Pero a medida que fui conociendo mejor sus espacios y limitaciones concebí que tendría que disponer de un barco más grande para navegar cómodamente con mis tres hijos. Después de conducir a *Suzie Q* durante un año tomé la decisión de efectuar el cambio. Lo hice al ver un día a *Moon Dance*, un velero *Islander* más antiguo, de 32 pies, que tenía unas preciosas líneas y un atractivo cockpit para comodidad de todos nosotros.

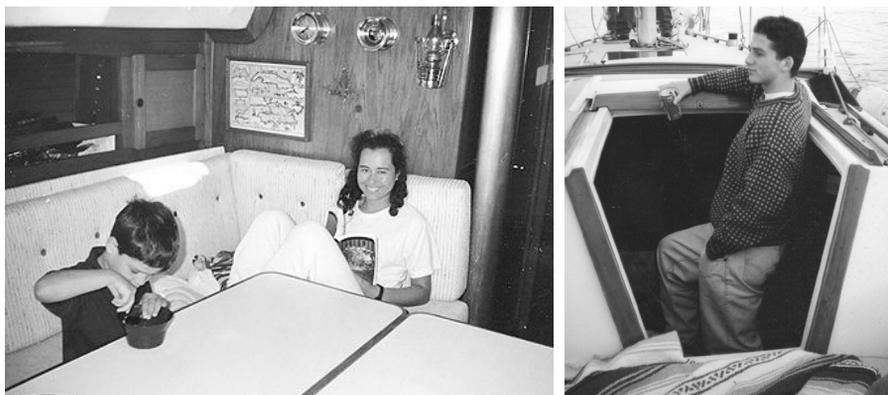
Luego del tiempo que me demandó dominar el manejo del yate fui descubriendo que la nueva embarcación requería de varias mejoras para convertirla en el verdadero crucero que ansiaba. *Moon Dance* disponía de un, ya añoso motor a gasolina, Atomic 4, que requería de una revisión completa o ser reemplazado por uno de petróleo más seguro. Los *winches* ya estaban viejos y debían ser igualmente reemplazados; lo mismo se daba con las velas, que requerían de un set nuevo completo. Entendí que el reemplazo de todo eso iba a costar más que el valor del yate. Repasando la ecuación concluí que ese dinero duramente ganado, para destinarlo a un bote de 20 años de antigüedad no era conveniente, aunque me moría de ganas de hacerlo.

El tercer barco

Mientras persistían mis dudas, seguí aprendiendo acerca de navegación en una preparación ya definida para adentrarme en altamar. Después de dos años de haber adquirido *Moon Dance* entendí que no era el yate para mí e inicié una búsqueda más cercana al barco de mis sueños. Trabajando una vez abordo veo a un velero atracado cerca llamado *Crazy in the Night*. Este era un *Cal 39* que había participado en regatas en el Golfo de México, alrededor de Galveston. Estaba prácticamente abandonado. Su dueño rara vez se le veía y nunca lo salía a navegar. Con visión ya de marino veo que el barco tenía potencial y disponía de una buena estructura, aunque se hallaba muy descuidado. Pensé que con un poco de trabajo y algo de dinero podría llegar a funcionar como un crucero de altamar del tamaño y calibre del que yo deseaba, pero ese día no tomé ninguna decisión.

Un fin de semana mientras trabajaba en *Moon Dance*, advierto que *Crazy in the Night* se hallaba amarrado con cadena y candado al muelle. “Cosa rara”, pensé. Pronto me enteraré de que el dueño no había pagado

el derecho a amarre en la marina durante seis meses, y ahí estaba el origen de la atadura. Tiempo más tarde veo el mismo yate con un letrero anunciando su venta, y salto de alegría porque ¡yo quería ese barco! Lo que no me apetecía era quedarme con dos embarcaciones al no imaginar siquiera el lapso que demandaría vender el mío. Pese a mi desazón, encomendé la gestión de compra al agente vendedor del velero y al gerente de la marina, que por supuesto quería su dinero. Poco más tarde el agente de compra me informa que ha encontrado un comprador para mi barco y que iba a pagar considerablemente menos de lo que yo había pagado un año antes. Pero, en rigor, esa diferencia de precio no iba a ser un problema para mí, ya que obtendría a *Crazy in the Night* a un valor reducido. Así, el acuerdo se cerró sin demora.



Mis hijos Francesca y Louis en la cabina de Crazy in the Night, Rodrigo en la bajada hacia el salón.

Siendo ya dueño del nuevo yate me dediqué a navegarlo todos los fines de semana y todos los días libres que se me daban en mi profesión médica, subiendo y bajando por la costa de California y México. Si bien *Crazy in de Night (CIN)* disponía de varias cosas buenas – como su rapidez a vela y fácil manejo con poca ayuda, entre otras - había aspectos que comenzaron a preocuparme en los meses siguientes. El principal escollo radicaba en que el propietario original había adquirido el velero de la fábrica sin terminar, realizando un mal trabajo en ciertas áreas críticas que, incluso con mi conocimiento limitado de construcción de yates, podía advertir a simple vista. Además había instalado un motor de escasa potencia y un cableado eléctrico que ni siquiera alcanzaba los estándares mínimos marinos. En lo decorativo, el interior era simple y falto de atractivo que no era un agrado estar allí. La pequeña cantidad de madera utilizada alrededor de los armarios y violines estaba mal unida

y muchos de los cajones no ajustaban adecuadamente, lo que para mí, siendo un semi-perfeccionista, era inaceptable.

Mi sensación era - y es hasta hoy - que parte del atractivo de la navegación es la belleza y la sensación cómoda que se experimenta al pisar un yate. Para mí, durante esas largas noches a veces tormentosas, la comodidad de la cabina de un barco con su cálido interior de madera debe envolver al marino, refrescando su espíritu en un ambiente soñado. *Crazy in the Night* no disponía nada de eso. Sin embargo estaba agradecido por su comportamiento indulgente en el mar y su construcción robusta, que me permitió aprender los trucos de la manipulación de embarcaciones más grandes en lugares estrechos que, por lo general, son una fuente de estrés para todo navegante.

Un fin de semana mientras regresaba al puerto deportivo fijé mi vista en un barco de aspecto muy “salado” (marinero), a un par de muelles de distancia donde tenía *CIN* al amarre. Se trataba de *Madam*, un yate de crucero de ensueño. Había visto el anuncio de estos barcos en muchas de las revistas de papel cuché que leí durante años. Aunque sus estilos me deslumbraban, siempre creí que estaban fuera de mi alcance debido al alto precio que exigían los modelos nuevos. Sabía además que eran algo difícil de maniobrar por su gran peso y quilla corrida. Me cabía la sensación que si bien mis anhelos eran profundos, aun no estaba listo para embarcarme en modelos como esos. Comprendía que no eran barcos hechos para una tarde de navegación alrededor de la bahía o, incluso, para un viaje a la Isla Catalina. Eran construidos para anclajes distantes y travesías en los océanos del mundo.

Madam, un cutter Hans Christian de 38 pies y diez años de antigüedad, era un veterano del Pacífico Sur y Hawái. Acababa de regresar de México donde había pasado varias temporadas. Según el propietario, con quien me había familiarizado en los baños y en la cafetería de la marina, iba a ser puesto a la venta. Esa palabra mágica hizo que mi mente comenzara a discurrir a gran velocidad. De pronto detengo la marcha de mi pensamiento y me pregunto: “¿Estaré loco en ambicionar un nuevo barco, después de haber tenido tres en cuestión de cinco años?”. Su precio era el doble de lo que podría obtener por *Crazy in de Night*. Con esa figura en mi cabeza calculo que si pudiera cambiar mi barco por *Madam*, más la diferencia en cuotas, podría ser una operación factible. Cuando le expuse la idea a Pete, su propietario, me dice que no quería nada más que efectivo, y procedió a enrollar su barco con una

firma de corretaje, por lo que me vi en la necesidad de hacer lo mismo con mi embarcación.

Ya convencido de hacer la compra, voy con mi corredor y amigo Kevin a echar un vistazo a *Madam*, esta vez con una perspectiva de comprador. Ahí, definitivamente, se me acabaron todas las dudas, ese era el barco que en mis sueños siempre anhelé: un velero de alta mar de tamaño mediano, con hermosas líneas clásicas, mucha madera y un interior rico en teca terminada unida por expertos, que le daban el encanto de antaño. *Madam* era lo más cercano a los anuncios en las revistas de navegación que había visto por años y disponía de todo aquello adicional que hace que un yate pueda soportar cualquier desafío que el océano le presente.

Este yate era lo contrario a *Crazy in de Night*. Poseía un aparejo tipo cutter, una paleta de dirección de viento, piloto automático, radar, radio HF de alta mar, un pequeño y acogedor cockpit o bañera. Mi impresión era indesmentible: ¡estaba enamorado! En este punto de la negociación pienso que nada afectará la forma en cómo lo haré porque lo importante era que el barco sería mío.

Al momento de la transacción hago una oferta por un precio ligeramente inferior al precio de venta, y para felicidad mía, Pete acepta el trato. En medio de la alegría estoy consciente de que al no vender mi barco en 30 días pasaré a ser propietario de dos embarcaciones, situación muy indeseable por el costo de doble mantenimiento y tarifas de amarre, solo para comenzar.

No debí haberme preocupado; Pete, que siendo un hombre agradable, era muy indeciso y la muestra de sus vacilaciones quedó a la vista cuando justo antes de la fecha de cierre de la transacción decide no vender el barco.

Me sentí devastado, y no exagero. Mis pensamientos durante ese mes habían estado puestos en *Madam*, en cómo iba a pulir esto y aquello; cómo iba a tratar la madera para que se viera más bonita; qué tipo de tela iba a usar para reemplazar las baratas y pegajosas cortinas del salón y, por supuesto, qué tan pronto podría tomarme un tiempo libre para efectuar el primer crucero. Ya había recibido una oferta por mi barco que había aceptado, y cuando tuve el efectivo en las manos me quedé varado en tierra. Al producirse el fracaso de la compra le digo a Kevin: “Necesito un yate igual que *Madam*. Por favor, ¡ayúdame a buscar uno!”. Así comenzó la búsqueda del barco de mis sueños.